



Hacia una nueva época

Este trabajo constituyó la conferencia introductoria al Coloquio celebrado en el Colegio de Arquitectos de Madrid, el día 15 del pasado noviembre.

No deja de ser sintomático que en 1950, es decir, cinco años después de terminada la última guerra mundial, se hayan publicado a la par tres obras sobre el "fin de los tiempos modernos" (*Ueber die Linie*, de Ernst Jünger; *Ueber das Ende der Zeit*, de Josef Pieper, y *Das Ende der Neuzeit*, de Romano Guardini). La obra de este último despertó extraordinario interés y provocó una abierta polémica, en la cual conviene destacar un artículo del norteamericano Norris Clarke por la incomprensión absoluta que ha tenido con la tesis sostenida por Guardini, a quien critica por no decir lo que afirma expresamente y por defender aquello que en efecto impugna. Este autor se dejó impresionar sin duda por el título ("Fin del mundo moderno") y el prólogo apocalíptico que sin encomendarse a ningún santo escribió el editor de la traducción norteamericana, y se creyó estar ante una obra de tonos negros, pesimista, exabrupta, cargada de todo el lastre de acidez de la posguerra. Nada más falso. Lo que ha intentado Guardini en el fondo no es entonar una elegía a la Era que acaba, sino el canto de alborada a la que sin duda está en trance de hacer su entrada solemne por la puerta grande de la Historia.

Ni que decir tiene que en estos últimos años han pasado al seno de la Historia muchas cosas que se juzgaban imprescindibles. Pero el espíritu del hombre es extraordinariamente fecundo y creador, y acude a llenar las lagunas abiertas. Cuando lo perdido es algo esencial

tiene lugar una crisis de fundamentos, y la labor de creación debe ser radical. Pero si hay espíritus esforzados que la lleven a cabo, la crisis de una época no significa una hecatombe, sino un trauma de nacimiento. Decir esto a tiempo pienso que es trascendental, porque puede evitar la esterilidad de entregarse a la nostalgia por un pasado irremediamente periclitado, y conseguir que las nuevas generaciones ávidas de trabajo eficaz se abran a la conciencia de una tarea fecundísima.

Cuando en 1945 fué comunicado a Otto Hahn, el físico inventor de la fisión del átomo de uranio, en el campo de concentración en que se hallaba, que una ciudad japonesa acababa de sucumbir bajo una bomba atómica, costó gran esfuerzo a sus amigos disuadirle de acudir al suicidio en busca de una salida a la desesperación. Lo contó emocionado Werner Heisenberg en una conferencia pronunciada en Munich a raíz del famoso Manifiesto enviado por eminentes hombres de ciencia a Conrad Adenauer. "La ilusión de mi vida—explicó Hahn—fué investigar para descubrir el secreto del Universo y hacer un servicio a la Humanidad. Hoy comprendo que todo esto no ha tenido sentido, y no veo por qué he de prolongar una existencia sin razón de ser."

Esta experiencia ha sido en realidad la experiencia de toda una época. Y los frutos empezamos a sentirlos hoy con perfecta claridad. Las ruinas de Europa que toda-

vía tenemos en la retina cuantos hemos pasado los Pirineos recién terminada la última guerra nos advierten con la mayor gravedad que algo ha fallado en el mundo moderno.

Sobre esta conciencia de crisis creo ver que se están poniendo las bases de un nuevo estilo de pensar y de ver el Universo, es decir, las bases de una nueva época. No se me oculta que es muy comprometido hablar de la creación de una nueva época. En primer lugar, porque es muy difícil, si no imposible, determinar cuándo acaba una época y empieza la siguiente, y en segundo lugar, porque ello exige en cierta medida anticiparse a los hechos. Respecto a lo primero, pienso, sin embargo, que conviene apresurarse a advertir los cambios históricos para dar a nuestra acción el signo que exigen los tiempos y evitar así inadaptaciones que no conducen sino al fracaso. En cuanto a lo segundo, debo decir que adelantarse al futuro es imprescindible a un ser como el hombre que domina la vida a base de proyectos, que son los que le permiten adoptar ante el entorno una distancia de perspectiva, creadora de dominio. No hay investigación que parta de cero. Hay que partir de una anticipación, que es todo menos una utopía, pues sólo se puede buscar lo que ya de algún modo se tiene. El vivir humano se da en muchos aspectos no de modo lineal, sino en *espiral*.

Hablar de una nueva época es *darle nombre*, y dar nombre es dar cuerpo, es crear, signo máximo de poder. Cuando algo está gestándose y todavía carece de figura bien delimitada, viene alguien y le pone nombre. Entonces ese magma en *fieri* toma forma, y las gentes se hacen cargo de su existencia. Pero he aquí que entonces es cuando de veras se acelera el proceso de gestación de tal realidad. Porque en el mundo de la cultura nada viene dado de antemano, y lo que importa a la Humanidad es que haya mentes de largo alcance que se anticipen y vayan trazando coordenadas que orienten y propulsen la acción de los hombres.

En los momentos cumbres de la Historia se da siempre el mismo proceso. Multitud de elementos flotan en el ambiente, y de ellos se deduce que algo esencial ha cambiado en el estilo de pensar y de sentir de los pueblos. Viene un pensador y concreta todo esto en una obra. Esta obra se convierte en piedra angular de una nueva época. El arquitecto Coderch decía hace poco que no son genios lo que necesitamos ahora. Bien. Es una forma hábilmente periodística de advertir al público que lo que falta es gente trabajadora, buenos peones del saber. Pero nadie negará que sin *pioneros* no se progresa. Los llamados genios son las fuerzas propulsoras de la cultura humana. Lo que sucede es que con demasiada frecuen-

cia se entiende la genialidad como una fuerza indómita, de origen desconocido, que actúa a modo de relámpago, súbita e inesperadamente, sobre la mente de hombres predestinados, cuya salud suele sucumbir a los golpes de la inspiración, etc. Hoy estamos dispuestos a no dejarnos seducir por estas vagas explicaciones románticas. La genialidad, aun siendo un don, algo recibido y en el fondo inexplicable, por ser una gracia de la Naturaleza, es una fortaleza que sólo se rinde al trabajo esforzado, constante y humilde. Todo genio es un *servidor*. Mozart decía que componer era para él ponerse a la escucha. Durante un incómodo viaje vió cómo iba pasando por su mente una pieza musical; al llegar a Viena la escribió "como si se la estuviesen dictando", según confesión propia. Es la prodigiosa *Sinfonía en sol menor*. Pero Mozart vivía *consagrado* al trabajo musical. Aun siendo, pues, un *don*, bien decimos que la inspiración es fruto de un *esfuerzo*.

En nuestro siglo hemos tenido varios genios, que al hilo de esforzadas investigaciones han entrevisto realidades nuevas que exigen un estilo nuevo de pensar. A ellos debemos el encontrarnos hoy a punto de liberarnos de las trabas del Cientificismo para entrar en una época de una increíble libertad intelectual. Lo cual, paradójicamente, como veremos, lleva consigo una exigencia suprema de rigor. Pues de lo que aquí se trata es nada menos que de la necesidad de pensar en *relieve*, de modo sinóptico, global, o si se quiere, según expresión reciente, en *espiral*. Es decir, lo que hoy se impone es romper el conjuro del especialismo, resistir a la tentación de entregarse a la Lógica interna de las diversas ramas de la Cultura; pensemos, por ejemplo, en la Economía, la Política, el Arte, etc. Cuando Romano Guardini en la Universidad de Munich criticó severamente algunos extremismos virtuosistas de Picasso y Thomas Mann, buena parte de los alumnos que abarrotaban el Aula Magna hicieron oír una ruidosa protesta. Lo cual indica que todavía no comprende la juventud que sea imposible al hombre llevar a sus últimas consecuencias la Lógica interna del Arte o de la Literatura sin exponerse a graves riesgos. Tal vez dentro de muy poco tiempo reaccionen los jóvenes de modo polarmente opuesto, una vez que adapten su mente a un modo de pensar integral y equilibrado.

¿Dónde se inició este proceso? Hablando muy en general, podemos decir que han ejercido gran influjo la *Física cuántica*, con su prodigiosa movilidad de pensamiento, las *investigaciones biológicas* acerca del principio vital ("Innen"), y los estudios filosóficos acerca del *lenguaje* y el fenómeno humano del *encuentro*. El investigador alemán Hans Driesch realizó sobre el huevo del erizo de mar toda clase de divisiones,

amputaciones, trasplantes, etc., y ante sus ojos ávidos de demostrar que en el huevo se contiene en estructura molecular todo el ser futuro del organismo adulto que va surgiendo de él por vía de mero desarrollo y crecimiento, como una película extraordinariamente pequeña que se fuese ampliando poco a poco, se reveló el milagro del poder de adaptación y regeneración que subyace en la vida. No es el crecimiento vital un mero proceso mecánico de desarrollo que responda a leyes causales más o menos complejas. Los experimentos obligan a admitir la existencia de una instancia superior, un algo que esté dotado de capacidad de dirección y organización, por poseer en sí el principio y el fin del proceso orgánico. Driesch no dudó en acudir a una vieja palabra del olvidado Aristóteles: *entelequia*, que significa en griego "lo que lleva en sí el fin". Todo principio ordenador abarca mucho campo, y por ello es capaz de trazar el camino a seguir. Naturalmente, como era de esperar en el ambiente metafísicamente enrarecido de principios de siglo, la introducción de este vocablo fué mal recibida por los investigadores mecanicistas, que no reconocen como objeto de conocimiento sino lo mensurable, lo unívocamente determinable en el espacio y en el tiempo. A partir de Driesch, sin embargo, los experimentos se multiplicaron, y la sorpresa del hombre no hizo sino ir en aumento hasta el día de hoy al observar la movilidad creadora, la capacidad de adaptación y regeneración de las llamadas "formas entelequiales". Supongamos que un proyecto de un arquitecto genial tuviera la virtud no sólo de decidir la estructura de un edificio, sino el poder de crear diversos materiales, según fuese surgiendo su necesidad al hilo de la construcción, y modelar estos materiales en orden a la formación de las diferentes partes del edificio. Este proyecto se asemejaría en algo a las formas entelequiales que presiden la formación y la conservación de los seres vivos.

Un genial maestro de escuela austríaco, *Ferdinand Ebner*, subrayó hacia el año 1925 la importancia del lenguaje en obras que al principio fueron consideradas por los filósofos oficiales como parafilosóficas. "La palabra es el camino", solía afirmar; es decir, lo decisivo es partir de los fenómenos complejos, y estudiarlos en bloque. Si se divide, se vence, pero no se comprende, se diluye lo irreductible. Por eso ataca incompasivamente el método analista, por lo que tiene de rígido y unilateral.

Al dedicar la atención a este género de realidades se puso en evidencia la necesidad de poner en tensión el entendimiento para captar de un golpe todos los extremos que estas realidades implican. No basta ir deslizando la mente de un detalle a otro, y agrupar éstos en síntesis. Hay que responder a la amplitud de los seres con un modo de conocimiento extraordinariamente ágil.

Sólo así evitaremos el riesgo siempre acechante de aplicar a la interpretación de los fenómenos superiores recursos de violencia, pretendiendo someterlos a la camisa de fuerza de esquemas tomados del ámbito de los seres artificiales.

Ahora bien: de este estilo de pensar se desprende una forma integral de comprender al hombre, según una escala jerárquica de valores, pues la primera exigencia del nuevo estilo de pensar es la de no minimizar aquello que se estudia, que es recurso de violencia dictado por una voluntad humana de poder.

Los autores que pretenden comprender exhaustivamente, por vía de análisis, al hombre, tienden a explicarlo de abajo arriba, haciendo radicar a lo superior en lo inferior. Hacia 1927 *Max Scheler* escribía: "Poderoso es originariamente lo bajo, impotente lo más alto." "Originariamente y de por sí, el espíritu no tiene ninguna energía propia." (*Die Stellung des Menschen im Kosmos*, págs. 60-1). Más tarde, y siguiendo la misma línea de desconcierto, *Arnold Gehlen* afirmó: "El hombre es un animal de instintos fallidos, un ser defectuoso. Todas las cualidades específicas del hombre deben ser vistas en relación con la pregunta: ¿cómo puede vivir un ser tan monstruoso?" Se toma inconfesadamente al animal como módulo de existencia, y todo lo que lo excede es considerado como una excrecencia. "El hecho de ser consciente, es decir, el espíritu—afirmaba Nietzsche—lo entendemos como síntoma de una relativa imperfección del organismo." "El hombre—escribía Maeterlink—es uno de los seres más incompletos y la más limitada de las creaturas."

Por el contrario, los pensadores que entienden la vida como un don, algo misterioso que se recibe por vía de gracia, y no puede ser comprendido por medio de su reducción a elementos amorfos, tienden a explicar al hombre de arriba abajo. El espíritu es algo vital y principio de vida, afirma Haecker. "Scheler traicionó el espíritu a favor de la vida". "El modo más bello, verdadero y gozoso de conocer al hombre, precisamente por ser imagen de Dios, que es un Dios trinitario, es entenderlo como analogía trinitatis", es decir, como dotado de un espíritu con tres facultades: entendimiento, voluntad y sentimiento. La Edad Moderna se caracteriza por el exilio siempre creciente del ámbito del espíritu. El hombre moderno se acogió a lo vital para eludir la tensión que inaugura el espíritu, con lo cual se precipitó en el tragicismo que provoca todo desorden metafísico. Pensando las cosas de un modo integral, sin despojos tendenciosos se observa con Pascal que "el hombre supera infinitamente al hombre".

Este modo pascaliano de pensar en paradojas, de un modo circular, como cuando dice, por ejemplo, "ponte de rodillas y crearás en Dios", es lo que va a caracterizar a la nueva época que se está gestando. Pero ello

exigirá la renuncia al éxito de galería que lleva consigo la unilateralidad.

El especialismo a ultranza lleva muy lejos, pero al fin rompe el equilibrio y provoca el caos. Al ensalzar al individuo, se aboca al Colectivismo; al cultivar la Política y la Ciencia por mero afán de poder, pierde el hombre el control y sucumbe bajo las obras de sus manos.

Hoy se tiende por el contrario a entender el hombre como *persona*, abierto, distendido en ámbitos de intimidad. Esta apertura no dispersa, distiende, y al hacerlo en nivel de profundidad da al hombre plenitud y por tanto esa singular intimidad de los seres personales. A este ámbito de intimidad formado por la apertura mutua de seres irreductiblemente personales, pero mutuamente abiertos a la distensión del diálogo y el encuentro llamamos *comunidad*. Frente a la *sociedad*, como reunión de individuos con fines más o menos secundarios en la vida humana, la comunidad indica la agrupación natural de seres que cumplen en común tareas esenciales de la vida. Por esta vía puede abordarse con buen éxito el vidrioso tema de la *masa*. No procede considerar sin más como masa todo número crecido de hombres, porque sería considerarlos como células muertas de un conjunto amorfo.

De modo análogo se aborda el problema de la *Cultura*. Hoy sabemos que el espíritu del hombre florece al abrirse a los seres del entorno con su entendimiento, voluntad y sentimiento. Encerrado en sí se agosta. El hombre es un ser constitutivamente dialógico. Vive de realidades que lo trascienden. Su vida consiste por tanto en *servicio*, en estar a la escucha del mensaje de realidades superiores. El alimento verdadero del espíritu del hombre es la verdad, la belleza y el amor. No el dominio de lo inferior es lo que cumple al hombre, sino la plenificación que supone verse invadido por realidades que lo superan. Si las realidades con las que trata son de poco valor y carecen por tanto de intimidad, la distensión provoca *dispersión*, es decir, en lenguaje existencial, la caída en la *vida inauténtica*. Si son de elevado rango, la distensión da al hombre una unidad eminente, la unidad orgánica que se conquista a través del riesgo de la alteridad y la disolución.

La Cultura, a su vez, brota del hombre, pero inmediatamente se independiza de su creador. O dicho más rigurosamente: todo acto de creación es más que un monólogo, un diálogo, porque a medida que va surgiendo, la obra se impone en mayor o menor grado a su creador. Todo lo que el hombre hace ostenta desde el primer momento una especie de *Lógica propia*. La libertad del creador es relativa. Esto es muy grave, porque lo típico de la Edad Moderna es haber abandonado cada rama del saber a su Lógica interna, por la creencia de que el progreso se da de forma lineal e

indefinida. Los frutos de este especialismo a ultranza fueron espléndidos, pero al fin, roto el equilibrio, Occidente estuvo al borde de la catástrofe, pues el caos surge al faltar el orden jerárquico y orgánico en el saber.

El hombre se encontró, por ejemplo, con un inmenso poder, pero con poco o ningún poder sobre ese poder. Y hoy nos invade la angustia al ver tanta carga de *civilización* en mentes tan faltas de auténtica *cultura*. El poder es algo que puede crecer ilimitadamente. Que el poder da felicidad es una verdad sabida. Pero ¿puede decirse que infinito poder es fuente de infinita felicidad? Hoy se piensa en espiral, es decir, se ve el comienzo y el fin al mismo tiempo, y se observa que el poder crece ilimitadamente, pero este crecimiento desencadena efectos secundarios que alteran radicalmente la situación. ¿Por qué el fin de la última gran guerra marca un hito en el pensamiento europeo? Porque hizo crisis la confianza ilimitada en la razón desarraigada, la razón que crea poder. Hoy vemos la necesidad de guardar el equilibrio, aunque esto perjudique de momento el desarrollo de algún aspecto de la Cultura, el político, el económico, el literario, etc. Por eso es posible hablar actualmente de *ascética espiritual*, sin suscitar irónicas sonrisas. El equilibrio del hombre es inestable y exige una tensa vigilancia y mucha contención y mesura. El poder sin equilibrio, es decir, sin un sano ritmo integralmente humano, aboca a los horrores del funcionalismo aplicado al exterminio. Si se conocen las leyes de la vida humana, a nadie puede extrañar que de la exaltación colectiva de un pueblo entendido como un todo gregario de individuos se pase lógicamente a la aniquilación en masa. Si el hombre es una mera unidad de un conjunto, "un millón de hombres partido por un millón", la única fuerza posible es el colectivismo, la agrupación amorfa, y de aquí no hay sino un paso al "hombre de la barraca" (Marcel). Reducido a la condición de "fiera con intelecto", al modo como lo describía Spengler, el hombre se vuelve contra lo humano con todo el refinamiento del saber técnico.

De todo esto, visto con visión sinóptica, se desprende que la libertad no es algo que venga dado sin más a los hombres por el hecho de existir, sino que es una tarea esforzada que hay que realizar. La proteica palabra libertad, tan útil a efectos demagógicos, no es sino el nombre para designar un grave deber del hombre, es a saber: adquirir conciencia de que la fecundidad máxima se da dentro de ciertos límites, que no se pueden sobrepasar sin exponerse a graves riesgos. El hombre es *libre* para entregarse *libremente* a una vida en *servicio*. El hombre puede adquirir *poder* sobre la Naturaleza, pero ello con vistas a ganar un poder proporcional sobre el poder de que dispone. Si la libertad es una tarea, el poder es un destino que el hombre debe

asumir con conciencia clara de su inmensa e intransferible responsabilidad. El poder no debe servir sólo al bienestar individual o al aumento de prestigio de la nación, sino a la realización de las tareas esenciales al hombre. El hombre de la nueva época sabrá vivir en el riesgo que implica la libertad humana como una decidida voluntad de dominio del mundo y de sí mismo. Lo cual implica la aceptación de la técnica, pero a la par la superación de su hegemonía en el mundo del espíritu.

Estas paradojas nos indican que la realidad no es tan simple como se dice cuando se hace demagogia. Los conceptos complejos son poco aptos para despertar entusiasmo en públicos poco calificados. En cambio, los conceptos con aristas fuertes, firmes y redondos, actúan como proyectiles y están dotados de una máxima fuerza de propulsión.

Hoy, sin embargo, estamos viendo con Gustavo Thibon que "uno de los signos cardinales de la mediocridad de espíritu es ver contradicciones allí donde sólo hay contrastes". Y este es, tal vez, el rasgo más característico de la nueva época: la desconfianza frente a lo simple en sentido de pobre, y la decisión de no ahorrarse el esfuerzo de pensar tensionadamente. De ahí el clima desconcertantemente dialéctico del pensamiento contemporáneo. ¿Cuál es la tarea, pongo por caso, del pensamiento existencial? Destacar la vinculación esencial entre el hombre y la comunidad, la creatura y el Creador, lo individual y lo universal, el conocimiento y el amor.

(Porque se da el caso que todo este género de realidades dotadas de complejidad interna, de intimidad, no sólo deben ser conocidas, sino re-conocidas. No puedo conocer una persona, si no la re-conozco como tal. He ahí el papel de la voluntad. No puedo entrar en diálogo con una persona, si no siento la emoción de estar ante un ser con intimidad, con un cierto modo de trascendencia, que no se pierde en mera exterioridad, y que para ser conocido necesita revelarse. He ahí el papel del sentimiento. Cuando el arquitecto norteamericano Luis Kahn afirma que el sentimiento es esencial al conocimiento de las formas, no hace sino adherirse a esta corriente de pensamiento.)

Ahora bien: y esto es muy importante para la creación de formas arquitectónicas. Este estilo de pensar amplio sabe intuir la relación interna de lo finito y lo infinito. Lo altamente valioso, al expresarse en formas limitadas trasciende el ámbito acotado por éstas y gana inmensa amplitud. Sólo así se pueden entender estos textos: Todo consiste—escribía Matisse, a propósito de la capilla de Vence—en "tomar un espacio cerrado, de proporciones muy reducidas, y darle por el solo juego de los colores y las líneas dimensiones infinitas". "En esta pequeña capilla—comenta el P. Couturier—las di-

mensiones reales, en efecto, no cuentan; la perfección de las formas suprime la sumisión al espacio". "Se destacan en esta obra—escribe Joseph Picard—una voluntad de pureza, de simplicidad, un despegado del mundo de las apariencias (...) y al mismo tiempo un impulso hacia la alegría." El optimismo y la alegría son evidentemente fruto de una vida en trance de trascendencia.

Se trata de una sensibilidad que en principio desconcierta, y da impresión de vaguedad, pero al que la logra le confiere una singular plenitud.

Este nuevo estilo de pensar se echa de ver:

1. En la *Sociología actual*, con su preocupación por el estudio del estatuto ontológico de las realidades constitutivamente complejas.

2. La *Biología*, con su preocupación por captar la interioridad, el principio de desarrollo y regeneración de los seres.

3. La *Historia* precisando la ambigua y rica noción de hecho histórico.

4. La *Física* prescindiendo de modelos sensibles en la caracterización de la realidad microfísica.

5. El *Arte*, con su estudio dinámico y dialéctico de las formas, que son, más que meras figuras, principios internos de configuración al modo entelequial.

6. La *Teología*, flexibilizando al máximo sus conceptos fundamentales, y poniendo en forma el sentido de la expresión, a través, por ejemplo, del llamado *Movimiento Litúrgico*.

Que este movimiento afecta a la raíz de la formación cultural lo indica la necesidad que se está advirtiendo actualmente de llevar a cabo una revisión radical de los métodos de enseñanza. Hace días se han comentado mucho las nuevas medidas adoptadas en Francia para formar las mentes jóvenes en el ambiente dialéctico que exige la Ciencia actual. Hay escuelas técnicas que han iniciado ya modos de enseñanza que prescinden de métodos intuitivos en el estudio de la Física. Que los jóvenes sepan desde el principio en qué clima intelectual se van a mover, significa ganar mil batallas, porque la llave del éxito consiste sin duda en vivir a la altura de los tiempos.

Yo pienso que, sin ser excesivamente optimistas, este estado de cosas nos permite decir que la hora española en el mundo de la cultura está a punto de llegar. España perdió la hegemonía cuando el mundo se lanzó por los caminos del progreso unilateral, cultivando la Política pura, la Economía pura, la Técnica pura, etc. Pero en la época de pensamiento integral que se acerca nuestra innata capacidad intuitiva puede dar espléndidos frutos. Los éxitos que nuestros arquitectos están consiguiendo dentro y fuera de las fronteras creo nos permiten abrir el ánimo a la esperanza de que esta afirmación no carece de fundamento.